

MIRET MAGDALENA

LA ENFERMEDAD INFANTIL DEL CATOLICISMO

pareció polémica se convirtió en seguida en diálogo constructivo, ya que no hubo, por parte de ninguno de los dos, afán alguno de dominación.

Al final ocurrió como pasa muchas veces —aunque no todas—: que estábamos menos distantes de lo que al principio parecía.

Lo que pasó —y eso es lo más positivo de la relación entre los hombres— es que ambos supimos poner una suficiente dosis de humor allí donde una inoportuna y extemporánea seriedad hubiera echado por tierra toda comprensión. La única razón era que ni él ni yo éramos integristas, aunque no coincidiéramos en algunas posturas.

Sartre —no sólo filósofo, sino gran psicólogo— nos descubrió que la seriedad, esa seriedad sin agudeza ni flexibilidad, era la marca del burgués. Todo hombre o mujer bien instalados son serios, demasiado serios (pero superficialmente serios, por supuesto), y no pueden tener la más mínima dosis de buen humor con sus cosas propias: es el «serio-hombre-de-negocios» o la «seria-señora-de-clase-elevada».

El cristiano o el hombre maduros, que si son profundos se equivalen, no se toman a sí mismos tan en serio. Se saben vulnerables, y lo aceptan con buen humor, aunque sin superficialidad. Eso había hecho Sócrates; como lo hizo en cristiano, al comenzar la Edad Moderna, el cardenal de Cusa, explicando su postura en su profundo libro: «De la sabia ignorancia».

El catolicismo, por supuesto, ha dado también su espécimen de burgués, de hombre bien instalado: es el conservador integrista. Ese hombre serio, superficialmente serio, que se instala en sus propias ideas, y de ellas hace el único pensar definitivo, sin darse cuenta de su vulnerabilidad como hombre, de la provisionalidad que tienen sus conceptos particulares.

Estos hombres así son inseguros, angustiados, y para salir de su inestabilidad se agarran —como clavo ardiendo— a las ideas que les benefician, que les dan seguridad. Y forjan entonces un sistema rígido del cual nadie se puede salir..., sino sólo a veces ellos mismos, con «serios» subterfugios de moralistas. Pero, eso sí, a los demás los zarandean doctrinalmente con sus conceptos, utilizándolos a modo de catapultas para asaltar cualquier resistencia que los demás les opongan. Son maestros de esgrima lógica: pero de una lógica abstracta, inhumana, sin amor ni corazón. Construyen un sistema bien trabado, aunque olvidando que todo depende de las bases en que se asienta su razonamiento. Ellos no se percatan de su fallo, es como quien se sienta muy serio sobre una ligera tabla, apoyada sobre el vacío, y no se da cuenta de que se va a romper bajo su peso. Porque si se dieran cuenta verían que el falaz fundamento que tienen no es la realidad, sino su propia inseguridad, mal ocultada tras la aparente seguridad doctrinal. Son más papistas que el Papa; pero, cuando no les conviene, justifican su actitud inobediente apelando a la desviación personal o a la falta de prudencia de quienes mandan, porque —dicen— se han dejado influir por el débil sentimiento o por opiniones demasiado tolerantes.

Este hombre —o esta mujer— que ponen antes sus ideas que su vida profunda, tienen una estructura tan distinta de la nuestra que es imposible entenderse con ellos. Porque nosotros creemos que el cristianismo es antes que nada una vida, una vida que tiene ideas, desde luego; pero que estas ideas son perfectibles, defectuosas, que no son la última palabra, porque la última palabra la tiene la vida. Ellos, en cambio, creen al revés, que antes son las ideas —sus ideas— que los hombres; en una palabra, creen, contra Cristo, que el sábado —la ley, la idea— es antes que el hombre, y que es el hombre el que está hecho para el sábado y no al revés.

Decididamente, les falta alegría vital para darse cuenta que no tienen dentro de ellos mismos ni un Papa ni un Rey, sino —y no es esto poco— solamente un hombre.

Un amigo sacerdote me decía —también en Zamora— que esos integristas son conservadores de ideas; pero muchas veces sólo para resguardar —ante los demás— sus propias ventajas. Y el pedagogo católico alemán März observa, con agudeza maliciosa, que «el moralista es, a menudo, utilitarista», y que el ejemplo de su «figura puede remontarse —aunque ellos se asom-

Acabo de tener una discusión —amable discusión— con el canónigo magistral de Zamora. Amable, porque lo que

bren de la semejanza— a una historia muy larga: la de los sofistas griegos» («El humor en la educación», F. März).

Antes —como hace poco dijo el italiano cardenal Ursi—, cuando más, tolerábamos el error; hoy, en cambio, queremos aprender de él. «La Iglesia ha cambiado el dicho: "Condenar el error y amar al equivocado", y lo ha hecho por haber adquirido un espíritu más evangélico, y lo cambió por este otro: "En toda doctrina errónea hay que buscar la parte de verdad"». Eso es justamente lo que no puede hacer el integrista con el conservadurismo que le sirve de coraza personal, de neurótica defensa de su debilidad inconfesada.

Por eso —porque su postura es radicalmente distinta de la nuestra— no es fácil entenderse con él, aunque nadie deba por eso juzgar de su buena fe.

La verdad —olvida el integrista— es algo que siempre la busca el hombre; porque el hombre es limitado y no puede abarcarla definitivamente. Es como una hipótesis científica que otra más moderna la supera, pero no la anula. La teoría newtoniana de la gravitación no es falsa después de Einstein; pero era insuficiente para explicar profundamente todos los hechos físicos del espacio interestelar que fueron descubiertos después de Newton. Por eso, Einstein, con su relatividad generalizada, inventó una hipótesis más amplia que abarcara y explicara mejor todos los fenómenos. Laplace, también con su explicación de la formación del mundo, ha sido superado hoy por el belga Lemaitre con su teoría de la explosión de un gigantesco átomo primitivo, o por el inglés Hoyle con su hipótesis de la creación continuada.

Igual pasa en todos los órdenes: con la economía, la sociología y la religión.

En un mundo adulto, que es el hombre científico quien lo construye y no el sencillo artesano, no podemos vivir ya de un ingenuo Dios tapa-agujeros, que era el Dios que aceptaban no los auténticos cristianos, sino muchos cristianos que vivían más de sus ideas infantiles, propias de la cultura de su tiempo, que de la esencia misma del cristianismo.

Mañana otros hombres, más evolucionados, se reirán un poco de nuestras ideas. Y es natural, porque las concepciones sobre el mundo, la técnica y el arte que hoy tenemos, son sólo un paso para alcanzar algo más acertado, más preciso, más definitivo. Porque yo, como cristiano, creo en la acción positiva de Dios en la historia, como el marxista —por su lado— cree en la dinámica de ella. Y no pienso que —en general— vamos hacia atrás, sino hacia adelante: la evolución regresiva no tiene base científica, sólo tiene sentido una evolución global y positiva, como la que propugnó Bergson a primeros de siglo y Teilhard hace pocos años.

En lo religioso ocurre lo mismo. Ayer dábamos ingenuamente por definitivo, y sin variación, lo que pensábamos antes del Concilio. Hoy, en cambio, hemos dado los creyentes un salto de gigante tras el Vaticano II. Hasta los protestantes se asombran de este avance, y no lo comprenden bien porque identificaban el catolicismo con la postura retrógrada de los conservadores, olvidando que la religión católica —como todo el cristianismo— es dinámica y no estática. Evoluciona y no se anquilosa en un punto muerto.

El éxito de Teilhard de Chardin —tan discutido por integristas conservadores— es precisamente éste: haber descubierto a creyentes y no-creyentes que la religión no es algo rígido, paralizador y anquilosado, sino vida y movimiento constructivo.

Esa es la razón por la que los teólogos razonadores de la religión, los polemistas católicos, los defensores a ultranza de sus pequeñas ideas, deben tener un poco más de humor porque, para desgracia del catolicismo: «El teólogo no cree que el humor sea un problema bastante serio para él» (Otto Betz). Hay que ser, en cambio, como Juan XXIII en el siglo XX, o como San Gregorio Magno en el siglo VI: hombres alegres, porque no estaban preocupados de su dignidad. Porque el que está demasiado preocupado de su importancia, fácilmente se vuelve serio, demasiado serio, y por eso se hace poco humano. Es como un niño que se cree hombre ya, y por eso piensa que hay que ser más rígido que nadie, y poner la cara o los hechos muy serios por fuera, aunque por dentro —si fuese sincero— tendría que confesar que está deseando reírse de su poca profundidad.

Hay que superar de una vez —con un poco de humor humano— esta infantil enfermedad que hay en el catolicismo de muchos católicos.